

CAPITULO XI.

En el 29 dejó el emperador las orillas del Beresina, echando por delante de sí á los infinitos desbandados, y marchando con el nono cuerpo ya desarreglado. Los cuerpos segundo y nono, y la division Dombrowski, presentaban en la víspera un conjunto de catorce mil hombres; y lo restante, excepto unos seis mil combatientes, no tenia ya forma de division, brigada, ni regimiento.

La noche, el hambre, el frio y la pérdida de infinitos oficiales, el abandono de los bagages dejados en la otra ribera del rio, el ejemplo de tantos prófugos, el mucho mas repugnante de los heridos que se abandonaban en ámbas orillas, y que se revolcaban de desesperacion sobre una

nieve ensangrentada, todo finalmente los habia desarreglado, y se habia desaparecido en la turba de los desmandados que llegaban de Moscou.

Eran todavía sesenta mil hombres, pero sin union. Todos marchaban mezclados, caballería, infantería, artilleros, Franceses y Alemanes: no se conocia ya ala ni centro. La artillería y los carruages rodaban por medio de aquella confusa muchedumbre, sin otra instruccion que la de avanzar cuanto fuera posible.

En aquella calzada, tan pronto angosta como montuosa, se atropellaban unos á otros en todos los desfiladeros, para dispersarse despues por cuantas partes esperaban hallar un refugio, ó algunos alimentos. En esta forma llegó el emperador á Kamen, en donde hizo noche con los prisioneros del anterior dia, que se apriscaron. Estos desdichados, despues de haber devorado hasta sus propios muertos, perecieron casi todos de hambre y frio.

Pasó á Pleszczenitz el 30. El duque de Reggio herido se habia retirado allí con unos cuarenta oficiales y soldados en la víspera. Se creia en seguridad, cuando el Ruso Landskoy, con ciento y cincuenta húsares y dos cañones, penetró en aquel pueblo, y llenó todas sus calles.

Se habia dispersado la escasa escolta de Oudinot, y el mariscal se vió reducido á defenderse, siendo el décimo octavo, en una casa de madera; pero fué con tanta audacia y fortuna, que asombrado el enemigo, entró en cuidado, abandonó el pueblo, y se estableció en una altura, desde donde le atacó únicamente con su artillería. La muy perseverante suerte de aquel mariscal quiso que saliese herido de un astillazo todavía en aquel reencuentro.

Se presentaron por último dos batallones Wesfalianos, que precedian al emperador, y desembarazaron al mariscal, pero tarde, y despues que aquellos Alemanes y la escolta del duque de Reggio, que no se reconocieron en el principio, se

hubieron contemplado con una larga incertidumbre y viva ansiedad.

Napoleon llegó ó Malodeczno en la mañana del 3 de diciembre. Era el último punto en que hubiera podido adelantarsele Tchitchakof. Allí habia algunos víveres, abundancia de forrages, hacia buen dia, relucia el sol y el frio era soportable, y ultimamente se recibieron de una vez cuantos correos faltaban mucho tiempo hacia. Se dirigieron al punto inmediatamente los Polacos por Olita hácia Varsovia, como tambien los soldados desmontados de caballería por Merez hácia el Niemen, lo restante hubo de seguir el camino real á que se acababa de salir.

Pareció hasta allí que Napoleon no habia concebido el proyecto de dejar su egército, pero participó de repente hácia el media dia á Daru y Duroc su resolucion de partir inmediatamente para Paris.

Daru, que no reconocia la necesidad de ello, obgetó que estaban abiertas de nuevo las comunicaciones, y superados

los peligros mayores, y que el emperador iba á encontrarse á cada paso retrogrado con los refuerzos que Paris y la Alemania le enviaban. « Pero Napoleon replicó, » que no se reconocia ya con suficientes fuerzas para permitir que entre él y la Francia mediase la Prusia. ¿ Qué necesidad habia de que él permaneciese al frente de una derrota ? Murat y Eugenio bastarian para dirigirla, y Ney para cubrirla.

« Que su regreso á Francia era indispensable, para tranquilizarla, armarla, y contener desde allí á los Alemanes en su fidelidad, últimamente para volver con nuevas y suficientes fuerzas al socorro de las reliquias de su egército grande.

« Pero, ¿ no era necesario antes de lograr este fin, que atravesase solo cuatrocientas leguas de tierras aliadas, y para hacerlo sin riesgo, que allí fuese imprevista su resolucion, ignorado su tránsito, y todavía incierto el rumor de su desastrosa retirada, y que por sí mismo se adelantase á semejante noticia, á sus efectos,

y á cuantas deserciones pudieran originarse de ella ? No habia pues tiempo que malograr, y habia llegado la hora de su partida. »

No anduvo vacilante mas que en la eleccion del gefe que dejaria al egército, fluctuando en su irresolucion entre Murat y Eugenio. Era inclinado á la prudencia y zelo de este último, pero Murat tenia mayor lucimiento, y se trataba de imponer respeto. Eugenio se quedaria con aquel monarca; su edad y menos elevada clase salían por responsables de su sumision, y sus hábitos geniales de su zelo, con lo que serviria de egemplo á los demas mariscales.

Finalmente Bertier, el tan habitual conducto de todas las órdenes y recompensas imperiales, se quedaria todavia con ellos; no se haria pues alteracion ninguna en la forma ni en el arreglo, y participando esta resolucion su pronto regreso, refrenaria á sus mas impacientes generales é infundiria juntamente un sa-

ludable temor á sus mas activos enemigos.

Estos fuéron los motivos de Napoleon. Caulincourt recibió inmediatamente la orden de preparar aquella partida con sigilo. El lugar que se le señaló fué Smorgony, y su época la noche del 5 á 6 de diciembre.

Aunque Daru no debia acompañar á Napoleon, y que se le dejaba la pesada carga de la administracion del egército, oyó con silencio, por no tener nada que obgetar contra tan poderosos motivos, pero no sucedió lo mismo con Bertier. Este quebrantado anciano, que no se habia apartado del lado del emperador, diez y seis años hacia, se indignó con la idea de aquella separacion.

La secreta reyerta que resultó de ello fué violenta. Llenó de ira la resistencia de Bertier al emperador, que en su arrebato, le echó en cara los beneficios de que le habia colmado. « El egército, le dijo, tenia necesidad de la fama que sus desvelos le habian grangeado, y que no

era mas que un reflejo de la suya; por lo demas, le daba el término de veinte y cuatro horas para resolverse, despues del cual, si perseveraba, podria partir para sus estados, en donde le mandaba permanecer para siempre depuesto de sus cargos, y privado de venir á su presencia. » Justificando Bertier su resistencia en el siguiente dia 4 de diciembre, con su edad y quebrantos de salud, le trajo una triste resignacion.

CAPITULO XII.

Pero en el momento mismo de resolver Napoleon su partida, se volvia terrible el invierno, como si viéndole el cielo moscovita próximo á escapársele, hubiera duplicado sus rigores para abatirle y destruirnos. Llegamos á Bienitza el 4 de diciembre, con veinte y seis grados de frio.

El emperador habia dejado en Malodeczno al conde de Lobau, y muchos centenares de hombres de su antigua guardia. Allí se reunia el camino de Zembin con la calzada de Minsk á Vilna. Habia necesidad de conservar esta reunion de caminos hasta la llegada de Victor, que la defenderia sucesivamente hasta la de Ney.

Porque la retaguardia permanecia con

fiada todavía á este mariscal y al segundo cuerpo, mandado por Maison. En la tarde del 29 de noviembre, dia en que Napoleon dejó las orillas del Beresina, Ney y los cuerpos segundo y tercero, reducidos á tres mil soldados, habian pasado los largos puentes que conducen á Zembin, dejando en su entrada á Maison y algunos centenares de hombres para defenderlos y quemarlos.

Tchitchakof atacó tarde, pero vivamente, y no solo á fusilazos, sino tambien á bayonetazos; y fué rechazado. Maison hacia cargar al mismo tiempo los largos puentes con aquellas chamarascas, de que Tchaplitz habia omitido hacer uso unos dias ántes. Luego que todo estuvo pronto, que el enemigo se cansó de pelear, y que la noche y los bivaques se hallaron bien establecidos, pasó nuestro general rápidamente el desfiladero y mandó incendiarle. Aquellas largas calzadas cayeron hechas cenizas bien presto en sus

lagunas, que el hielo no habia hecho transitables todavía.

Aquellos aguazales detuvieron al enemigo, y le obligaron á desviarse. Por lo mismo fué sosegada la marcha de Ney y Maison en el siguiente dia. Pero dos dias despues, el 1 de diciembre, al tiempo que daban vista ya á Pleszczenitz, descubrieron por su derecha que toda la caballería enemiga acudia y acosaba á Dumerc y sus coraceros. Se vieron adelantados y atacados por todas partes en un momento.

Viendo al mismo tiempo Maison plagada de rezagados la aldea por la que iba á retirarse, mandó decirles á gritos que huyeran prontamente; pero muertos de hambre aquellos infelices, no escuchando ni viendo nada, rehusaron dejar sus comidas ya empezadas; y fué rechazado Maison bien presto hácia ellos en Pleszczenitz. Únicamente entonces, á la vista del enemigo y al estruendo de las bombas, se pusieron juntos en movimiento todos

aquellos desdichados, precipitándose, y acudiendo por todas partes á la calle principal, que embarazaron.

Se hallaron de repente como perdidos Maison y su tropa, en medio de aquella despavorida turba que los estrechaba, los ahogaba, y privaba hasta del uso de sus armas. No tuvo mas arbitrio este general que recomendar á sus soldados que permanecieran apiñados é inmóviles, y diesen lugar á que se desapareciese aquel gentío. Alcanzando la caballería enemiga á aquella turba, se atolló en ella, y no pudo penetrar mas que muy despacio y á puro matar.

Habiéndose disipado ultimamente la batahola, descubrieron los Rusos á Maison y sus soldados que estaban esperándoles á pie firme. Pero al huir aquella multitud, habia arrastrado en su desorden á una parte de nuestros combatientes. Maison, en una llanura escueta, y con setecientos á ochocientos hombres en presencia de millares de enemigos, perdió

toda esperanza de salvacion, aun no trataba ya mas que de encaminarse hácia un monte para vender mas cara su vida, cuando vió salir de él á ochocientos Polacos, tropa enteramente fresca que Ney habia encontrado, y traia en su socorro. Este refuerzo contuvo al enemigo, y aseguró la retirada hasta Malodeczno.

En el 4 de diciembre hácia las cuatro de la tarde, descubrieron Ney y Maison aquella aldea, de que Napoleon habia salido en la mañana misma. Los iba siguiendo Tchaplitz de cerca. No le quedaban á Ney ya mas que seiscientos hombres. Lo endeble de aquella retaguardia, la proximidad de la noche, y la vista de un albergue, estimularon el ardor del general ruso, cuyo ataque fué egecutivo. Bien convencidos Ney y Maison de que se moririan de frio en el camino real, si se dejaban arrojar mas allá de aquel acantonamiento, prefirieron perecer defendiéndole.

Se pararon á su entrada, y como sus caballos de artillería estaban moribundos,

no pensaron ya en salvar sus cañones, sino en destrozár con ellos por la última vez al enemigo; por lo cual pusieron en batería cuantos les quedaban, é hicieron un tremendo fuego. Fué completamente arrollada la columna de ataque de Tchaplitz, la cual se detuvo; pero haciendo uso aquel general de su superioridad, dirigió una parte de sus fuerzas hácia otra entrada; y sus primeras tropas habian pasado ya las cercas de Malodeczno, cuando se encontraron de repente allí con otra refriega.

Quiso la felicidad que Victor con unos cuatro mil hombres, reliquias del nono cuerpo, ocupara todavía aquella aldea. El encarnizamiento fué sumo allí, y se quitaron unos á otros por diversas veces las primeras casas. Peleóse por ambas partes menos por la gloria que para conservar ó avanzar un refugio contra un mortífero frio. No renunciaron á ello los Rusos hasta las once de la noche, y se marcharon medio helados á buscar otro

albergue en las aldeas circunvecinas.

Ney y Maison creyeron en el siguiente dia, 5 de diciembre, que los relevaria el duque de Bellune en la retaguardia, pero advirtieron que este mariscal, con arreglo á sus instrucciones, se habia retirado, y que se veian solos en Malodeczno con sesenta hombres. Todo lo demas habia huido; sus soldados, á quienes los Rusos no habian podido vencer hasta el último momento, se habian rendido á la atrocidad del clima; se les caian las armas de las manos, y ellos mismos caian á unos pasos de sus armas.

Maison, que reunia en sí con cabal proporcion un sumo vigor de ánimo con otro igual de cuerpo, no lo extrañó, y prosiguió su retirada hasta Bienitza, reuniendo de continuo á unos hombres que se le escapaban incesantemente, pero denotando finalmente con algunas bayonetas la retaguardia; lo cual fué suficiente, porque aterados de frio los Rusos mismos, y precisados á dispersarse antes del ano-

cheer, en las aldeas inmediatas, no se atrevian á salir de ellas hasta bien entrado el dia. Seguíannos de nuevo entonces, pero sin acometer, porque excepto algunos entorpecidos esfuerzos, la temperatura no permitia detenerse para disponer un ataque ni para defenderse.

Sorprendido sin embargo Ney de la partida de Victor, le habia alcanzado, esforzándose á detenerle, pero se negó á ello el duque de Bellune, por tener orden de retirarse. Le habia pedido entonces sus tropas Ney, ofreciéndose á substituirle en su mando, pero Victor no quiso ceder sus soldados, ni ceder sin orden la retaguardia. En aquel altercado se encolerizó el príncipe de la Moskwa con una desmesurada vehemencia, que apenas conmovió la frialdad de Victor. Medió finalmente una orden imperial, dióse á Victor el encargo de sostener la retirada, y á Ney la orden de restituirse á Smorgony.

CAPITULO XIII.

Acababa de llegar allí Napoleon en medio de innumerables moribundos, consumido de pesares, pero no dando muestras de ninguna conmocion á la vista del martirio de aquellos desdichados, quienes por su parte no le hacian oír la menor queja. Es verdad que una sedicion era imposible, hubiera sido un esfuerzo mas, y todas las fuerzas individuales se habian empleado en luchar contra el hambre, el frio y cansancio, fuera de que hubiera habido necesidad de union, de comun acuerdo, de entenderse entre sí, cuando el hambre y tantos azotes separaban á los unos de los otros, dejando recogido en sí mismo á cada uno. Tan lejos de agostarse en provocaciones y ni aun en que-

jas, marchaban silenciosamente, reservando todas sus facultades contra una naturaleza enemiga, y distraidos de cualquiera otra idea con una accion y un tormento continuo. Las necesidades corporales absorbian todas las fuerzas morales, y vivia uno así maquinalmente en sus sensaciones, permaneciendo sumiso todavía con la memoria y de resultas de impresiones recibidas en mejores tiempos, y muchos por un honor, ó por un amor de gloria, inflamado con veinte años de triunfos, cuyo ardor sobrevivía y luchaba todavía.

La autoridad de los gefes por otra parte, habia permanecido íntegra y respetada, á causa de que habia sido siempre muy paternal, y que los peligros, triunfos y reveses, habian sido comunes siempre. Era una familia desgraciada, cuyo gefe era quizás el mas digno de compasion. Así el emperador y el ejército grande observaban uno para con otro un triste y noble silencio; estaba uno muy ufano para

quejarse, y muy experimentado juntamente para no conocer la inutilidad de ello.

Napoleon sin embargo, entró precipitadamente en su último cuartel imperial, en el cual acabó sus instrucciones, y el vigésimo nono y postrer boletín de su moribundo ejército. Se tomaron varias precauciones en lo interior de su habitación, para no dejar traslucir hasta el siguiente día nada de cuanto iba á ocurrir allí.

Pero sus oficiales tuvieron interiormente el anuncio de una última desgracia, y todos hubieran querido seguirle. Se hallaban ansiosos en extremo, de ver otra vez la Francia, de volver al seno de sus familias, y huir de aquel atroz clima, pero ninguno osaba manifestar el deseo de ello, retenidos todos por la obligación y el honor.

Mientras que aparentaban un descanso que se hallaban bien remotos de gozar, llegó la noche y el momento que el em-

perador habia señalado para declarar su resolución á los gefes del ejército. Se llamaron todos los mariscales. Segun fueron entrando, hablóles Napoleon á cada uno de ellos en particular, y les ganó desde el principio en favor de su proyecto, tanto con discursos como con desahogos confidentiales.

Por esto, al alcanzar á ver á Davoust, le vieron salir á recibirle; y preguntarle ¿por que no le veia ya, si le habia abandonado? Y como Davoust hubiese respondido que tenia desagradarle, se explicó blandamente el emperador, acogió sus respuestas, le confió hasta el camino que le parecia deber tomar, y abrazó sus consejos sobre estas particularidades.

Estuvo cariñoso con todos; y habiéndolos reunido á todos en su mesa, les alabó sus bellas acciones durante aquella campaña. En cuanto á sí mismo, sol confesó su temeridad con estas únicas palabras: « Si yo hubiera nacido en

un trono, y fuera un Borbon, me hubiera sido facil no cometer faltas.»

Acabada que fué la comida, mandó que el príncipe Eugenio les leyera su vigésimo nono boletin : tras lo cual, declarando resueltamente lo que ya tenia confiado á cada uno de ellos, les dijo, « que en aquella noche misma iba á partir con Duroc, Caulincourt y Lobau, para Paris. Que su presencia era necesaria allí tanto para la Francia como para las reliquias de su desgraciado egército. Unicamente desde allí le seria posible contener á los Austriacos y Prusianos. Aquellos poblós vacilarian sin duda en declararle la guerra, luego que le vieran al frente de la nacion francesa y de un egército de un milion y doscientos mil hombres. »

Dijo ademas, « que enviaba de antemano á Ney, á Vilna para arreglarlo todo de nuevo; que Rapp le auxiliaria, é iria despues á Dantzick; Lauriston á Varsovia; Narbonne á Berln; que su guardia se quedaria en el egército; que en Vilna

seria menester acuchillar y detener al enemigo. Que se hallarian allí Loison, Wrede, diversos refuerzos, víveres y municiones de toda especie; que despues se tomarian cuarteles de invierno detras del Niemen, y que esperaba que los Rusus no pasarian el Vístula antes de su vuelta. »

« Dejo, añadió ultimamente, el mando del egército al rey de Nápoles. Espero que se le obedecerá como á mí, y que reinará entre todos la mejor armonía. »

Levantóse entonces, eran las diez de la noche; y apretándoles afectuosamente las manos, les abrazó y partió.